

Compromiso por la vida: resurrección de un joven en Naín

Lucas 7, 12-17

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad.

Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores».

Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y Él dijo: «Joven, a ti te digo: Levántate.»

El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Él se lo dio a su madre.

El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo».

Los milagros de resurrección

En los Evangelios encontramos tres narraciones de “resurrección de un muerto” por parte de Jesús: Lázaro (Juan 11), la hija de Jairo (Mateo 9,18-26) y el hijo de la viuda de Naím, el relato que estamos examinando. La narración es exclusiva de Lucas.

Este milagro es signo que anuncia y anticipa la resurrección del mismo Jesús, Señor de la vida y manifestación de Dios, quien hace una opción fundamental a favor de la vida humana, creándola y manteniéndola en la existencia.

El corazón de Jesús

El episodio manifiesta, ante todo, el corazón de Cristo, lleno de bondad, ternura, sensibilidad, finura psicológica y humanidad, quien se compadece del dolor de una viuda en el momento de enterrar a su hijo único. El Señor, al verla, probó compasión y le dijo: “¡No llores!”. Debía ser un llanto que suscitaba lástima y duelo. Jesús, sin ser interpelado por nadie, toma la iniciativa directamente; responde a una necesidad real, a pesar de que nadie le pidió nada.

“Sintió compasión”: San Lucas usa un verbo griego particular, que expresa un movimiento de todas las facultades de su persona, también desde un punto de vista físico; podríamos traducir con “una indignación y torcimiento de sus entrañas”. No se trata sólo de una conmoción sentimental, sino más bien de una sensación de “malestar físico” de las entrañas.

Luego se dirigió al difunto, ordenándole: “¡Joven, a ti te digo: Levántate! El joven se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre”. El término “levántate” es el mismo que los evangelistas utilizan cuando relatan la resurrección del Señor.

Según el lenguaje semita, el corazón (también las entrañas: sede de la vida) no es –como para nosotros– sólo la sede de la vida emocional, sino también de la inteligencia y la voluntad. Hablar del corazón de Jesús, es mencionar su conciencia y voluntad, el lugar en donde Él toma sus decisiones fundamentales. Una de ellas es su opción a favor de la vida.

Jesús, más “fuerte” que la muerte

El gesto de Jesús, quien resucita al joven de Naín, recuerda la acción profética con que Elías devolvió la vida al hijo muerto de la viuda de Sarepta (1 Reyes 17). Pero Cristo lo logra con su sola palabra, sin necesidad de largas oraciones, ni ritos simbólicos, como hizo el profeta Elías. Es clara la intención de San Lucas: evidenciar cómo Jesús es superior a todos los profetas; su palabra participa de la misma fuerza creadora, que da la vida, de Dios Padre quien creó el cielo, la tierra y todo cuanto hay en ellos con su sola palabra, como atestigua la narración del Libro del Génesis.

Dios, en su Hijo Jesús, visita a su pueblo

Para interpretar este acontecimiento evangélico es necesario detenernos en el comentario de la multitud: *“Un gran profeta se ha levantado entre nosotros”,* y *“Dios ha visitado a su pueblo”*.

Jesús es “un gran profeta”, más aún, es el más grande.

Dios visita a su pueblo: es una creencia normal para todos los creyentes. Y la visita de Dios, actuada a través de la acción de Jesús, da vida también a los muertos. Sólo Dios es dueño de la vida y la muerte; Jesús se revela como Dios.

Este milagro de Cristo, además, es signo del reino de Dios inaugurado y presente en su persona y palabra, de su soberanía sobre las fuerzas de vida y de muerte.

A continuación de esta escena, Jesús proclamará de forma solemne a los emisarios de Juan el Bautista, quien, desde la cárcel, le pregunta por su identidad mesiánica. “Vayan a anunciar a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena nueva” (Lucas 7,22). Efectivamente, Dios ha visitado a su pueblo: la resurrección del hijo de la viuda de Naín es un signo –el más portentoso– de la liberación que Cristo trae a todos los hombres, de irrupción de su Reino de vida en la historia de la humanidad.

El Dios de la vida que compromete a favor de la vida

Según la línea de todo el mensaje bíblico, Dios es “Dios de la vida”, el gran amigo de la vida, del ser humano y de todos los seres vivientes que Él creó en la naturaleza.

La fe en Jesús conlleva para el cristiano un compromiso de servicio, valoración, promoción y defensa de la vida. El cristiano actúa, siguiendo a su Señor, defendiendo la vida contra todas las fuerzas de muerte: menosprecio de la vida, falta de respeto, opresión, miseria extrema, violencia, injusticia, mentira. El Papa Juan Pablo II hablaba, a este respecto, de una “cultura de la muerte” que va abriéndose camino en nuestra sociedad. Lástima que la cultura actual parezca preferir las relaciones de violencia, dominio y explotación, y no la convivencia pacífica en libertad y solidaridad. En vez de emplear su avanzada técnica exclusivamente en mejorar la calidad y el nivel de la existencia de las personas y de las naciones, la usa en gran medida para destruir la vida, a la degradación del ambiente y de la naturaleza, creando y manteniendo industrias de armas y de muerte, fomentando modos de vida no saludables (drogas, alcoholismo, enfermedades debidas a estilos de vida no respetuosos de la dignidad de cada persona humana), proponiendo contra-valores de injusticia, mentira y fealdad.

Prolongar la “visita” de Dios

Dios continúa “visitando a su pueblo” a través de la obra del creyente; continúa proclamando una y otra vez el carácter sagrado de la vida humana, como don supremo que recibimos de Él, su autor y dueño. *“Por consiguiente, todos los delitos que se*

*oponen a la misma vida, como son los homicidios de cualquier género, el genocidio, el aborto, la eutanasia o el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como la mutilación, las torturas corporales o mentales, incluso los intentos de coacción espiritual; todo lo que ofende la dignidad humana, como ciertas condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, la deportación, la esclavitud, la prostitución, incluso ciertas condiciones ignominiosas de trabajo, en las que el obrero es tratado como un mero instrumento de ganancia y no como persona libre y responsable..., todo esto y otras plagas análogas son, ciertamente, lacras que mientras afean a la civilización humana, en realidad rebajan más a los que así se comportan que a los que sufren la injusticia. Y ciertamente están en contradicción con el honor debido al Creador” (Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, no. 27).*

Optar por la vida, defenderla y elevar su nivel humano es tarea confiada por Dios al hombre. No se trata sólo de la vida física, sino también de la calidad de las relaciones interpersonales, de la posibilidad de un desarrollo personal humano y espiritual, de la posibilidad de trabajar en un sector congruente con las posibilidades de cada persona, de contribuir al bien común, de formar una familia y permitir a los hijos seguir su vocación, de participar de los bienes de la cultura y del progreso social.

Jesús dio vida al joven de Naín y confía a nosotros la tarea de ser artífices de vida, en todo sentido: física, interior, psíquica y espiritualmente.

Una última reflexión se impone respecto a muchos jóvenes quienes, disfrutando de buena salud física, están muertos psicológica y espiritualmente, hundidos en los vicios o en formas de depresión sin esperanza, sin rumbo en su vida. Jesús junto con la comunidad creyente les dicen: “¡Levántate!”, “¡Resurge!”.